

Burke toma como muestra el cogollo de la modernidad, desde la imprenta hasta el umbral de la Revolución Francesa. Sus fuentes son cuantiosísimas pero una exposición apacible y diáfana permite seguir las con gusto de narración. Así vemos formarse el cuerpo letrado moderno de Europa, la fundación de sus instituciones, la organización de bibliotecas y enciclopedias, la divulgación desde el centro hacia la periferia, la relación con los poderes de hecho y preexistentes (Estado, corte, iglesias, mercado), la interpelación del público lector, las disputas científicas y filosóficas.

Una paradoja recorre esta nutrida y colorida historia: ¿por qué el saber acerca de la humanidad queda en manos de unos pocos seres humanos? ¿Por qué la generalidad reside en una corporación de especialistas? ¿A qué se debe la forja de lenguajes cancillerescos, jergas y léxicos para aludir a eso que es de todos? Burke deja insinuada la cuestión y ella se convierte en el objetivo no declarado pero constante de su trabajo.

La sociedad del riesgo global, Ulrich Beck, traducción de Jesús Albores Rey, Siglo XXI, Madrid, 2002, 290 pp.

Como en anteriores libros, el autor, en esta miscelánea, vuelve a

su categoría enunciada en el título. No es un apocalíptico, quizá más bien un optimista. Observa que la globalización tiene aspectos positivos: sociedades plurales, multiplicación de las soberanías, tolerancia. Entre los negativos enumera la informalidad en el mercado de trabajo, la desocupación, la pérdida de legitimidad del Estado, los elevados índices de crimen y violencia, la enérgica intervención de las corporaciones multinacionales.

Su sociedad es de riesgo global porque cada cosa que pasa en cada lugar, pasa en todo el mundo. De tal guisa, el tamaño de los riesgos se ha vuelto impredecible y no puede asegurarse de antemano. El mercado es incapaz de autorregularse, dado su volumen, y el poder del Estado nacional se ha colapsado. Beck propone alternativas a la globalización responsable, alternativas que son, en primer lugar, morales y, derivadamente, políticas. O se vuelve al proteccionismo o se da paso a las instituciones transnacionales, democratizándolas cada vez más.

Occidente se está desarrollando por medio de una ética de la realización personal, orientada a lo individual, a producir individuos que sean autores de sus vidas, creadores de su identidad. Primero yo, luego ya veremos. La evidente eficacia de esta moralidad no impide advertir que es impotente para conjurar los riesgos globales de nuestro

mundo. De ahí la necesidad de planteamientos como los de Beck, de pesimista optimismo, de optimista pesimismo.

Lejos del mundanal ruido, *Thomas Hardy*, traducción de Catalina Martínez Muñoz, Alba, Barcelona, 2002, 579 pp.

Superfluo resulta encarecer, a estas fechas, la maestría de Hardy. Baste recordar su posible fórmula: la síntesis entre la solidez constructiva de Walter Scott, la sutileza psicológica de Meredith y el sentido de la escena de Dickens, sin las simplificaciones melodramáticas que lo acechan.

Más allá de los años, cuando el realismo se ha convertido en una retórica opcional y la moralidad victoriana de la narrativa evocada nos resulta prescindible, quedan en pie las complejidades de la psique humana, las relaciones de amor como vínculos de poder, la situación de la mujer en un mundo masculino (una propietaria rural inglesa de Wessex, rodeada de peones, capataces, logreros y curas). Todo ello sostiene su actualidad, la enigmática actualidad del arte. Leída por un hombre de este siglo, añade a sus aciertos una velocidad cinematográfica de escenas breves y montajes paralelos.

Hardy es un supremo administrador de la intriga, que siempre deja para más adelante la entrega de toda la información, de modo que la página mantenga una tensión que comprometa al lector a quedarse en el libro. Hardy narra como si no supiera lo que va a ocurrir, como si estuviera contemplando una historia que transcurre sin esbozar su destino. Hasta el mismo narrador omnisciente va decantando su psicología, de modo que podemos averiguar su punto de vista, la opinión que le merecen los hechos, hasta dónde nos dice lo que sabe, cuándo simplemente conjetura y en qué límite se detiene y calla.

Alba sigue exhumando títulos del canon narrativo de los siglos XIX y XX, los que nos pueden enseñar a leer y a releer. Lo hace con el primor editorial que estas obras merecen y que revive los buenos tiempos del escribir con tiempo y leer con tiempo.

Y mañana el mundo...Hitler, África Noroccidental y el camino hacia América, *Norman J.W. Goda*, traducción de Gregorio Alonso García, Alianza, Madrid, 2002, 352 pp.

Ya desde sus tiempos doctrinarios y fundacionales, Hitler imagi-

nó una guerra mundial ganada por Alemania, que convertiría a su Reich en la potencia planetaria más importante. También desde entonces pensó en los Estados Unidos. Primero, como un país de raza degenerada, dominado por judíos y negros. Luego, como una nación anglosajona pujante y adelantada, un hueso duro de roer. Con los años, le quedaron los dientes en ese hueso.

El libro de Goda estudia los primeros años de la guerra mundial iniciada en 1939, centrándose en la política hitleriana vinculada al Norte de África, previsor de dos eventos: la toma de Gibraltar para anular el dominio inglés sobre el Mediterráneo y el Cercano Oriente, y la defensa del Occidente africano ante una invasión norteamericana. No pudo lo uno ni lo otro.

Los colaboracionistas franceses y Franco exigieron contrapartidas que Hitler no quiso pagar. Mussolini fue un aliado costoso e inútil. Portugal siguió fiel a la Gran Bretaña. Los franceses ofrecieron escasa resistencia a los Aliados y acabaron chaqueteando en masa. Si Hitler hubiera cedido ante las exigencias de sus socios menores, Pétain y Franco, quizás el curso de la guerra y del mundo habrían sido otros. Por su parte, los ingleses y los soviéticos no cayeron en un ataque relámpago, como Francia y otros países menos potentes, y la Alemania invasora no pudo volver

al Magreb para detener a los americanos. Pero, como siempre, la historia rehuye conjugar el modo potencial. En cualquier caso, vemos de nuevo al nazismo como una tóxica combinación de vanguardia tecnológica y ceguera ideológica, aparte de que, como razonó Jünger, una democracia es más movilizadora y crítica en la conducción bélica que una dictadura personal.

Goda ha hecho una inspección gigantesca de documentos y los ha ido exponiendo con fluidez narrativa, de modo que, pese a ciertas reiteraciones evitables, su libro se sigue como una novela de intriga y espionaje. Los hechos están lejos, la sangre se ha secado, los muertos reposan. La amenaza del drama universal sigue en pie.

Luis Cernuda. Fuerza de soledad, Jordi Amat, Espasa-Calpe, Madrid, 2002, 275 pp.

A las dificultades propias de toda biografía, la de Luis Cernuda añade dos peculiares: los abundantes huecos informativos de una vida en parte borrada para llegar a ese imaginario sitio «donde habita el olvido» y, sobre todo, el hecho

de que Cernuda se creía único, mejor dicho: el Único. Ya sabemos que nada puede decirse de alguien que se plantea como incomparable.

Haciéndose cargo de estos obstáculos, Amat los resuelve objetiva y fluidamente. Divide su narración en capítulos breves que avanzan a buen ritmo hacia las sucesivas etapas del extrañamiento cernudiano: fuera de Sevilla, fuera de España voluntariamente, fuera de España involuntariamente, fuera de Europa, fuera de Estados Unidos hasta su término mexicano, donde se juntan, como siempre en él, el cuerpo y la muerte.

Amat ha reunido toda la información disponible acerca de su biografiado y la expone de modo que el lector se vaya haciendo dueño de un desolado paisaje que es, a la vez, sensual y gratificante porque en él halla Cernuda al semejante, al prójimo: el lenguaje. En su caso, hecho poesía. La soledad del poeta, anunciada ya en el título, se hace sonora, conforme quería otro solitario sensual y poético, santo para mejor retratar: Juan de Yepes.

Las biografías de Cernuda no abundan, más bien todo lo contrario. Se puede recurrir a textos menores como el de Villena o la analítica cronología de Valender. Por eso, el hecho de que se encare una tarea como la presente, tiene un valor añadido.

Umma. El integrismo del Islam, Antonio Elorza, Alianza, Madrid, 2002, 414 páginas.

Cierto auge de las filosofías historicistas, bajo la forma del multiculturalismo, propaga la idea de que los distintos mundos históricos tienen sus propios sistemas de pensamiento, cerrados, incomparables e intransferibles. En España contamos con un ejemplo sangriento de esta ideología.

Elorza, centrándose en una tradición de la mentalidad integrista musulmana, demuestra una vez más que tal especie es errónea y sesgada. El integrismo musulmán coincide, más allá de sus diferencias retóricas, con el pensamiento reaccionario de Occidente. La *umma* o comunidad de los creyentes se contrapone a la humanidad; la ley política y civil está basada en la palabra divina revelada por el Profeta; los partidos políticos disgregan la unidad nacional del Islam; la democracia es el dominio del hombre sobre la sociedad y se opone a la sumisión del hombre a la divinidad; el Islam es la pureza y Occidente es la corrupción, el materialismo, la licencia sexual y la degradación de la mujer. Ésta ha de recluirse en sus tareas domésticas y maternas, encarnando en su virtud el símbolo de la comunidad coránica, ya que *umma* significa madre.

Elorza, ducho en la historia del pensamiento político, desbroza estos incisos haciendo un recorrido históri-